

gas. ¿Os acordáis de la crisis de las mangas? Tres metros llevaban, siendo cortas hasta el codo. No se cabía en ningún coche; no se podía conversar fácilmente con nadie, a no ser de frente, porque los globos, que así se llamaban, eran inflados, y abultaban mucho más que el tronco.

Más tarde, bastante más, sobrevino otro acceso de locura: las dimensiones de los sombreros. Esto, reciente, nadie lo ignora. No había dónde guardarlos, y en los teatros originaron verdaderos conflictos. Hasta surgió su cuestioncita de orden público. En España, fué necesario que subiese al poder D. Juan de la Cierva, para que los espectadores viesen el espectáculo, y no una pluma, un ala de terciopelo, un monte de gasa, piel y flores.

Pues todo esto es tortas y pan pintado. Ahora se discute acaloradamente el asunto de la falda hendida, que deja ver... los remos, como irrespetuosamente dijo alguien, por no emplear palabra algo más sugestiva.

No existe justicia en la tierra. Hará dos años, la falda pantalón amotinó a la gente. Pues bien, la falda pantalón era honesta, era decorosa. Lo más que se podía ver en ella era una reivindicación feminista, un algo no tan radical como el sufragismo, pero que trataba de afirmar el derecho de la mujer a andar aprisa por la calle, a ir cómoda. Para la moral, ningún riesgo. No se dirá otro tanto de la falda hendida al costado, o yo no entiendo de estas filosofías. Y la falda hendida al costado pasa sin provocar ninguna manifestación escandalosa.

Claro es que no la aceptan todas, ni aun la mitad de las señoras, al menos según lo que puede verse en las calles, pues yo no he empezado a ir a sociedad todavía; y parece que en bailes y saraos es donde más se exhibe la falda rajada, con sus indiscreciones parciales, peores que si fuesen francas revelaciones.

Permitaseme hablar como artista. Por lo menos, la falda rajada no es fea. Procede de Grecia, y trae la patente de su origen. No puedo comparar esta falda, todo lo inconveniente que ustedes gusten, con el postizo de que hablamos antes, y que remeda una situación respetabilísima, pero antiestética.

Algunas extravagancias más se anuncian, y son derivadas del decadentismo artístico: son caprichos arqueológicos. Dicese que se van a usar, además del coturno helénico, las sandalias y los anillos de pedrería en el descalzo pie. ¡Oh inquietadora princesa de Judea, Salomé la pálida, y qué estragos estás haciendo!

También me huelen a arqueología las pelucas de colorines. En Roma, se usaron, y dan testimonio de ello los bustos del Museo de los Antiguos. Una cabellera azul será quizás originalmente decorativa en un rostro muy hermoso; si rodea uno marchito, de un óvalo mal dibujado, de facciones nada puras, parecerá la señora grotesco Pierrot.

No tengo noticia de que, hasta la fecha, hayan hecho irrupción en Madrid estas pelucas modernísimas. Es más: si vienen, creo que se las recibirá como antaño se recibía a los Santos Reyes: con una cerradura. Son estos antojos cosa muy parisiense, y de ciertas esferas de París. En la populosa ciudad hay una minoría de estrambóticos, compuesta, en su mayor parte, justo es decirlo, de extranjeros, gente más o menos auténtica, más o menos adinerada, que huye de su patria en busca de algún sitio donde despacharse a su gusto. Nadie les pregunta, en París, ni su pasado ni su verdadera condición social. Es el mundo *intérior*, que naturalmente se diferencia del mundo elegante y escogido, del verdadero gran mundo, aunque eventualmente se roce con él. Es el plantel de las neuróticas, de las morfínomas, de las... Tente, pluma, porque la enumeración es peligrosa. Y sobre esa capa de dorado estiércol es donde se cultivan los hongos de la extravagancia, las modas imposibles, los pugilatos de osadas rarezas. Hay, en ese mundo, señoras que han convertido su dormitorio en pagoda india, alumbrada por la misteriosa luz de las pupilas de un ídolo, un Buda o vaya usted a saber qué monigote. Las hay que duermen, como en otros tiempos Sara Bernhardt, en un elegante y muelle ataúd, acolchado de raso. Las hay que se cuelgan del techo, por medio de un mecanismo, y las hay que van, como haciendo una gracia, a pasarse la *soirée* en *brasseries* o tabernas infestadas de apaches, gozándose en la barbarie civilizada de asesinos y ladrones...

De gustos y colores no discutamos. Y, además, sepamos ver en todo ello una *pose*, el anhelo de notoriedad, obtenida por cualquier sistema, cuando no se puede aspirar a conseguirla mediante merecimientos propios, o dones extraordinarios de la naturaleza y la fortuna. Ya, sin embargo, nadie o casi nadie se preocupa, en París, de las excentricidades

de nadie. Tendrían demasiado trabajo, si se preocupasen, la policía y la opinión.

Encierra sin embargo un inconveniente este fenómeno social: y es que, desde afuera, creyéndose que representa un aspecto importante de París, cuando no es sino una excrecencia o berruga en su fisonomía verdadera. Por lo mismo que no podemos ver en la insensatez de unos cuantos desequilibrados sino una mueca pasajera (estrechamente relacionada, por cierto, con la literatura) de las costumbres, es lástima que esa mueca grotesca sea tan visible, aunque, al fin y al cabo, se tome a risa.

\* \*

En algunas de las calles más céntricas de Madrid, acabo de ver un cuadro curioso.

Alrededor de un establecimiento de crédito, el Banco Hispano Americano, se agolpaba compacta muchedumbre. Un rumoreo apasionado, tempestuoso, una resaca violenta, sacudían a esta multitud, agitada y casi amenazadora. ¿Será cierto que la voz de alarma se originó de una broma de club, de una de esas *cobas* que brotan de la alegría de sobremesa para mistificar a alguien? ¿O más bien tuvo cualquier fundamento el susto que se revelaba en los rostros, que se traducía en las exclamaciones y en las actitudes? Sólo podrán responder a esta pregunta los iniciados en los altos misterios de la *finance*, entre los cuales no me cuento. Lo positivo fué que las acciones de este Banco habían bajado dieciocho enteros en Bolsa, cifra tremenda, y los que impusieron en él sus fondos corrían a recogerlos. Una cola formidable, naciendo en la Carrera de San Jerónimo y estacionándose frente a la Equitativa, se desarrollaba hasta la Puerta del Sol. Millones de pesetas habían sido pagados: felices los primeros que lograron presentar sus resguardos y recoger lo depositado o colocado en cuenta corriente... Libres de la ansiedad, respiraban, mostrando en los semblantes la satisfacción del problema resuelto.

Y yo, entre las oleadas de aquel gentío, pensaba en un aspecto de este caso: en que se está creando en España el mismo elemento que ha salvado a Francia de su total ruina, en la catástrofe de 1871: el núcleo de «pequeños rentistas» que están interesados en que reine el orden y los negocios sigan su curso normal...

Hasta no ha muchos años, pasaba por hombre de ideas arriesgadas el que imponía en Bancos su dinero.

Si aparecía una doña Baldomera, una intrigante mañosa, conseguía atraer a los incautos con el cebo de un tanto por ciento inverosímil: pero, a la vez, el mecanismo de los grandes establecimientos de crédito alarmaba a los mismos que eran capaces de fiarse de una aventurera. Aquellas oficinas donde docenas de empleados, atareados, hacen números y atienden al público; aquellas cajas serias, respetables, de madera y cristal; la leyenda de los subterráneos donde se guarda el oro a montones; lo imponente y grave de la *mise en scène* del dinero, produciendo una impresión de pavor, la sensación de desposeerse de lo que allí quedase, a cambio de un pedazo de papel. Poco a poco, de los escondrijos de las arcas, de las huchas caseras, de los soterramientos bajo un ladrillo, empezó a salir, medroso, acortado, el ahorro de la clase media, y fué afluyendo a los Bancos, y acostumbándose la gente a los talonarios, a ese nuevo papel-moneda, tan cómodo para pagar: fué comprendiéndose la tranquilidad que presta el no tener en casa capitales, que pueden los ladrones domésticos o de fuera confiscar en beneficio suyo... Y los Bancos empezaron a prosperar, y a reeditar, y a facilitar algo la circulación del capital, paralizado en rincones y oculto bajo vigas. No se crea que esto es una leyenda. He sabido de familias que, a la muerte del padre, hallaron un piano relleno de onzas peluconas.

Y por eso es gran lástima que ocurran casos como éste del Banco Hispano Americano, que atacan a la confianza que debe existir en los organismos llamados a facilitar las transacciones y a crear esos «pequeños rentistas» tan útiles. No hay Banco que resista, si en un día le reclaman casi todo su activo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Será muy frívolo el asunto, pero se me ocurre hablar un poco de modas; es decir, de la moda femenina.

Cuanto a un presidiario, que consumió treinta años de vida en la reclusión, pero que, habiendo delinquido muy joven, salió todavía en edad de mirar con ávidos ojos al bello sexo, le preguntaron, curiosamente, qué era lo que más le había llamado la atención al volver al mundo, y respondió:

— El cambio en la silueta de la mujer. Sin haber transcurrido tan largo plazo, la silueta actual de la mujer tiene mucho de sorprendente.

A bien que en los decretos modistiles hay una parte que será letra muerta. Me refiero a la actitud de Santas Isabelas en la Visitación, que, según los figurines, deben adoptar las señoras. Quiere el *chic* que se saque un puntiagudo abdomen, y el resto del cuerpo parezca como de pelele, desmadejado y lánguido; y me acuerdo de la broma que le gastaban allá en Santiago de Compostela a cierto estudiante, larguirucho y desgarrado como él solo:

— Recoge esa pierna, que se te ha caído en aquel rincón.

Para simular mejor el estado en que las madres hebreas entonaban cánticos de gozo, agradecidas a que pudiese en su seno formarse el Mesías o su estirpe, véndense en París unos postizos originales. ¿Os acordáis del polisón? Pues... lo mismo, sólo que todo lo contrario. Nadie negará que de esta moda, pueden surgir varios compromisos, a cuál más graves. Figúrenos a una señorita recatada y pudorosa, al frente de su postizo. ¿Qué recurso la queda, cuando miradas maliciosas y picarescas guiñen hacia su talle, digámoslo así?

Hay una regla infalible en materia de moda femenina. La forma del cuerpo debe siempre ser respetada, y sus líneas naturales aparecer, al través de la ropa, ni exageradas, ni borradas, ni adulteradas de ningún modo. Y este ideal no lo he visto realizado nunca, sino en el año de 1889, en la Exposición de París. Aquel año único, el talle estaba en su sitio, las mangas ni eran flojas ni apretadas, las faldas ni largas ni cortas ni anchas ni estrechas, los colores armoniosísimos, los sombreros airoso sin extravagancias, los abrigos de una forma artística y racional a la vez, el calzado elegante sin incomodidad, las sombrillas un encanto, y todo, en suma, hecho de molde para realzar los atractivos de las hermosas y no recargar la fealdad de las feas, siempre en mayor número...

Bien pronto se rompió aquel equilibrio feliz. Empezaron a crecer, de un modo desahogado, las man-